Claritas

Abraham Cordero

La tocó con la palma de la mano. Estaba fría como una estatua. Sus ojos, abiertos y sin expresión alguna, le transmitían una calma que jamás había experimentado en vida. La balanza reposaba en el suelo junto al cuerpo, salpicada por aquella quintaesencia roja que, de algún modo, seguía siendo el único vínculo visible entre ambos. Hubo un tiempo, quizá, en que habían llegado a considerarse familia.

El corazón le palpitaba con una violencia casi musical. En su pecho resonaba la *Cabalgata de las valquirias* y una sonrisa comenzó a dibujarse en su rostro. Era la primera vez que aquella mueca decía algo verdadero sobre lo que ocurría en lo más íntimo de su alma. La emoción crecía, le abría la garganta, le empujaba la sangre hacia las manos.

Era libre.

Saltó de manera espasmódica. Extendió los brazos, abrió los dedos con fuerza, como si tratase de sostener un peso invisible, y después los relajó de golpe, dejando caer al suelo aquella entidad que nunca había podido nombrar. Comenzó a reír. La risa fue creciendo hasta volverse áspera, casi dolorosa. Luego surgió en él un impulso oscuro y se arañó la cara con furia. La sangre le corrió por las mejillas mientras soltaba bravatas inútiles contra el inerte trozo de carne que, recogido en un bulto, seguía aferrado a una de las patas de la mesa.

Las luces del piso de enfrente se encendieron. Alguien pareció asomarse a la ventana. El muchacho pasó por encima del cadáver, apartó la silla y cerró las cortinas.

Silencio en la sala. Música en el corazón.

Durante unos minutos creyó haber vencido. Caminó alrededor del cuerpo con una gravedad ridícula, mirando la balanza, la mesa, las manos muertas, las gotas de sangre que habían alcanzado el mármol. Todo estaba allí, obediente, concluido. Y, sin embargo, algo comenzó a torcerse. El olor de la carne le llegó con una dulzura espesa. La sonrisa fue desdibujándose hasta devolverle aquella quietud flemática que siempre había odiado de sí mismo.

—No —musitó.

La palabra apenas salió. Una lágrima le surcó el rostro sin fuerza alguna y se mezcló con la sangre, formando una danza macabra y miserable. Le pareció el rastro de un mensajero que, tras cruzar mares y montañas, perece justo a las puertas de su destino.

Seguía vacío.

La libertad no había colmado nada. El acto, tan largamente imaginado, no había abierto ninguna puerta. Había destruido un cuerpo, sí, pero la oquedad permanecía intacta, más nítida incluso, como si hasta entonces la presencia de ella hubiese servido de excusa para no mirarla de frente.

La lluvia comenzó a repicar en el alféizar de la ventana aún abierta. Aquel sonido diminuto, casi infantil, rompió el silencio. El hombre se acercó al cadáver mientras se desnudaba, dejando la ropa en el suelo con una torpeza de enfermo. Al arrodillarse ante los restos putrefactos, apartó las moscas de un manotazo y hundió la cabeza en el vientre de la mujer, esperando oír algún latido.

Nada.

Sólo la lluvia. Sólo el ventilador oxidado. Sólo sus pensamientos, girando sin descanso.

Quiso arrancar de su boca algún grito, un breve sollozo, una última acusación. Cualquier cosa habría bastado. Pero aquella cueva hacia lo eternamente inefable permaneció muda. Entonces abrió la carne con los dedos, sin solemnidad, con una desesperación torpe. Buscaba algo. No sabía si el centro, la culpa, el alma o la raíz de aquella vida que lo había tenido sujeto durante años.

Sólo encontró vísceras.

La visión le produjo una decepción inmediata. Aquella masa inmunda, privada de cualquier tipo de sacramento, no podía explicar su servidumbre. No podía justificar el miedo, ni el odio, ni la espera. No podía ser la causa de una vida entera.

—¿Cómo puede algo así colmar esta enorme oquedad? —gruñó.

Tenía la boca llena de aquella substancia negra y cadavérica. No recordaba habérsela llevado a los labios. Masticó con rabia, como quien intenta destruir por segunda vez aquello que aún conserva algún poder. Después siguió comiendo. Rebañó cuanto pudo del frío mármol del pequeño salón, hundiendo los dedos en la carne, tragando con dificultad, respirando con una mezcla de asco y obediencia.

Comió hasta caer exhausto boca arriba.

La tripa llena. La boca sucia. Los ojos fijos en el techo. Intentó incorporarse, pero el cuerpo no respondió. Intentó hablar, pero sólo emitió un sonido torpe, húmedo, ininteligible. El ventilador oxidado seguía girando en perpetuo movimiento, ajeno a la sangre, a la balanza, al cadáver, a aquella criatura tendida en el suelo que por un instante había confundido el crimen con la claridad.

Comenzó a convulsionar.

Primero las piernas. Luego el pecho. Después todo él, sacudido por una fuerza absurda y final. En el último momento, antes de que el brillo de sus ojos se apagase, comprendió que la libertad había sido otra forma de obediencia. Había matado lo que odiaba y, al hacerlo, había perdido la última explicación de su condena.

Movió los labios con obstinación.

—*Sapere aude*.

Y el ventilador siguió girando.